



Paolo Prosperi

Misterio de los misterios

La esperanza según Péguy

 EN
CUENTRO

100XUNO

Misterio de los misterios



100XUNO

Paolo Prosperi

Misterio de los misterios

La esperanza según Péguy

Traducción de Carmen Giussani



Título en idioma original: *Mistero dei misteri. La speranza secondo Péguy*

© Editrice Morcelliana, 2023
Via Gabriele Rosa, 71 - 25121 Brescia
© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024
Traducción de Carmen Giussani

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 134

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: Cofás-Madrid
ISBN: 978-84-1339-196-0
Depósito Legal: M-11409-2024
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREMISA.....	7
I. EL PUNTO DE PARTIDA	11
1. El misterio de la caridad.....	11
2. El amor por el hombre y por el mundo.....	16
3. La niña esperanza	28
II. LA MÁS GRANDE MARAVILLA DE NUESTRA GRACIA	33
1. La más difícil.....	33
2. Libre como la gracia: la creatividad de la esperanza	40
III. LO QUE LOS ÁNGELES NO HAN PROBADO.....	49
1. Pura y joven como la esperanza	49
2. Nodriz de las palabras eternas: esperanza y encarnación.....	54
IV. LA QUE MÁS AGRADA A DIOS	65
1. No solo <i>libremente</i> sino como <i>gratuitamente</i>	67
2. Interludio: <i>agathòs eros</i> , o de la generosidad del deseo.....	70
3. Cuentas divinas y cuentas humanas: la generosidad de la esperanza.....	77
V. LA ESPERANZA DE DIOS.....	91
1. Extraña inversión: la parábola de la oveja perdida.....	96

2. Péguy, Juan y Dostoievski: ¿hacia una nueva teodicea?.....	107
VI. LA PEQUEÑA ESPERANZA	119
1. Saben bien lo que hacen: el niño según Péguy	119
2. No me gusta el que no duerme, dice Dios.....	126
3. La esperanza no va a ninguna parte	130
VII. OH NOCHE, TÚ ERES MI CRIATURA MÁS BELLA.....	137
1. <i>Docta ignorancia</i>	137
2. Un extraño juego	147
ÍNDICE DE NOMBRES.....	155

PREMISA

El protagonista de la historia es el mendigo:
Cristo, mendigo del corazón del hombre,
y el corazón del hombre, mendigo de Cristo.

Luigi Giussani

La verdad de las cosas más grandes
se encuentra menos en el *qué* que en el *cómo*.

Hans Urs Von Balthasar

No es objeto de este ensayo ofrecer un comentario exhaustivo de los *Misterios* de Péguy¹ (no sería posible hacerlo con un texto poético de tan alto valor), ni tan siquiera de uno solo de ellos. Cualquier amante de Péguy lo sabe: los *Misterios* son como un cofre repleto de joyas inagotables, como lo son las Escrituras, *si parva licet componere magnis*. Cada vez que vuelves a ellos, descubres algo nuevo.

El objetivo que nos proponemos es más limitado, pero no por ello menos arduo: tratar de comprender la razón de la centralidad de la esperanza en la *weltanschauung* —la cosmovisión— del autor de esta trilogía singular y, de esta forma, ofrecer una clave para acceder al conjunto de la obra.

¹ Ch. Péguy, *Los tres Misterios: El misterio de la caridad de Juana de Arco* (traducción de Manuel Pecellín Lancharro), *El pórtico del misterio de la segunda virtud* (traducción de José Luis Rouillon Arróspide), *El misterio de los Santos Inocentes* (traducción de María Badiola Dorronsoro), Ediciones Encuentro, Madrid 2008. De ahora en adelante abreviado en *Misterios*. Todas las citas de *Los tres Misterios* están tomadas de las traducciones allí recogidas.

Como el mismo título indica, nos concentraremos en particular en *El pórtico del misterio de la segunda virtud*², es decir, en el segundo de los tres grandes misterios que Péguy escribió entre 1910 y 1912. A los otros dos nos referiremos cuando sea necesario para comprender el significado y el lugar que la esperanza ocupa, según Péguy, en la comprensión tanto del misterio de la Historia como de la existencia cristiana del hombre.

Los tres *Misterios* se publicaron en los *Cahiers de la Quinzaine* entre 1910 y marzo de 1912 en el siguiente orden: *El misterio de la caridad de Juana de Arco* (1910)³, *El pórtico del misterio de la segunda virtud* (1911) y *El misterio de los Santos Inocentes* (marzo de 1912)⁴. No resulta en absoluto fácil darse cuenta de la unidad y del desarrollo orgánico que une entre sí a estos tres misterios⁵. Es más, se podría incluso dudar de que exista realmente un desarrollo orgánico. El carácter supuestamente pindárico del estilo de Péguy que, de forma inconfundible entrelaza, a menudo mediante giros bruscos, *leit-motifs* aparentemente desconectados entre sí, que se persiguen y se cruzan repetidamente sin fundirse jamás por completo, parece estar hecho aposta para suscitar en el lector la pregunta: ¿qué es lo que une

² Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, op. cit., pp. 224-358.

³ Ch. Péguy, *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, op. cit., pp. 79-223.

⁴ Ch. Péguy, *El misterio de los Santos Inocentes*, op. cit., pp. 359-491.

⁵ Bien mirado, el orden de publicación de los tres *Misterios* revela una lógica profunda, aunque no resulte inmediatamente perspicua. Si entre el segundo y el tercero la continuidad resulta clara en el plano literario y temático (campea el arquetipo del niño en el centro del segundo *Misterio* al igual que en el tercero, puesto que la esperanza es niña por esencia), más difícil es captar el motivo del intercambio de posición entre la caridad, tradicionalmente la última y la más grande entre las tres virtudes teologales (1 Cor 13,13), y la esperanza. Esta aparente inversión obedece a una lógica particular, que en las páginas que siguen nos proponemos desentrañar.

a las distintas corrientes del impetuoso fluir poético del autor?⁶ ¿Se trata acaso de un simple proceder por asociación de ideas o existe una concepción a su manera orgánica? ¿El autor se abandona a la inspiración poética y mística que tuvo en una determinada etapa de su vida, o existe un pensamiento dominante en torno al cual se articula de algún modo el conjunto de su obra?

⁶ Lo que un agudo lector como Von Balthasar dice del *Pórtico*, con mayor razón vale en este sentido para los *Misterios* considerados en su conjunto: «El análisis de la obra no resulta fácil porque el poeta entreteje los temas a modo de trenza. Los toma de nuevo después de haberlos interrumpido nada más apuntarlos; repite en un plano superior y bajo una luz nueva temas ya tratados. En el poema, la dirección del flujo es clara, pero solo se la entenderá como un todo cuando todos sus motivos hayan sido integrados los unos en los otros. La simple yuxtaposición de los temas no descubre el sentido global» (H.U. von Balthasar, *Teodramática 5. El último acto*, Encuentro, Madrid 1997, nota 1, p. 178).

I. EL PUNTO DE PARTIDA

Para llegar a responder a la pregunta que acabamos de plantear en la premisa, es preciso proceder paso a paso.

1. EL MISTERIO DE LA CARIDAD

Empecemos por el principio. El primer *Misterio*, como hemos dicho, está dedicado a la caridad que para un Péguy socialista jamás arrepentido, significa sobre todo lo siguiente: solidaridad a ultranza, amor tenaz y apasionado por la humanidad, *esta* humanidad *carnal*, en toda su grandeza y en su penosa miseria, y por el mundo, *este* mundo, resplandeciente de belleza y empapado de sangre, injusticia y dolor. He aquí el punto de partida del poeta, primero como socialista, después recuperado como católico: la pasión por el destino de esta humanidad y de esta tierra, a cualquier precio: «Péguy amaba todo, exactamente todo», atestigua Giradaux¹.

Así comprendemos que *El misterio de la caridad* —según lo anteriormente expuesto, entendida sobre todo como solidaridad hacia el pobre, hacia el hombre que sufre, y de forma más universal aún, hacia

¹ Cf. J. Giradaux, *Bella*, Grasset, París 1926.

todo aquello en lo que late vida encarnada y corre la sangre², la linfa vital— no es tanto un punto de llegada, sino más bien un punto de arranque casi obvio y natural para Péguy. Toda la historia personal y cultural del autor de la trilogía contribuye a que sea así: «La caridad camina por sí misma». No es ninguna casualidad que Péguy le haga decir a Dios: «La caridad no me sorprende».

La caridad camina por sí misma. Para amar a su prójimo no hay sino que dejarse ir, no hay sino que mirar tanta miseria. Para no amar a su prójimo habría que violentarse, torturarse, atormentarse, contrariarse. Oponerse. Hacerse daño. Deformarse, darse la vuelta, ponerse al revés. Nadar contra corriente. La caridad es natural, simple, brota, viene obviamente. Es el primer movimiento del corazón. El primer movimiento es el bueno. La caridad es una madre y una hermana.

Para no amar a su prójimo, hija mía, tendrían que taparse los ojos y los oídos.

A tantos gritos de angustia³.

Es bien sabido que Péguy reiteró hasta el final de su vida que nunca había renegado ni un átomo de los ideales socialistas de su juventud⁴.

² «Lo que anima al joven Péguy —escribe Jean Basteire— es el deseo y la voluntad de una salvación radical, integral y extendida a todos: no sólo a los hombres, sino también a los animales, estas ‘almas adolescentes’ como él mismo expresa en el *Dialogue de la cite harmonieuse*» (Cf. J. Basteire, *Péguy il non cristiano*, Jaca Book, Milán 1991, p. 39).

³ Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, op. cit., p. 235.

⁴ «Ha sido porque nuestro corazón ha profundizado de forma constante en el mismo camino, no por una evolución ni por volver a pensar en ello, por lo que hemos encontrado el camino del cristianismo. No lo hemos encontrado gracias a haber vuelto. Realmente lo hemos encontrado al final. Y ha sido por eso; es necesario que se conozca bien de una parte y de la otra, por unos y otros, por eso no renegaremos jamás un solo átomo de nuestro pasado». (Cf. *Un nouveau théologien, M. Fernand Laudet*, en *Ouvres en prose, 1909-1914*, ‘Bibliothèque de la Pleiade’, Gallimard, Paris 1961).

Sirvan estas líneas para dar una idea de lo que significa dicha afirmación, que es crucial para comprender todo el camino existencial, intelectual y espiritual de Péguy. La suya no fue una simple vuelta a la fe católica tal y como la había conocido (y rechazado) en sus tempranos años juveniles. Ciertamente, el Cristo al que se dirige Péguy es el Cristo de la Iglesia católica. Ahora bien, es un Cristo muy diferente del que demasiado a menudo oía predicar a los clérigos de su tiempo: un cristianismo espiritualizado, un cristianismo entendido y vivido como rechazo del mundo, como huida de la carne y desprecio del siglo.

En *Verónica*⁵ —una de las creaciones más importantes salidas de la pluma de Péguy en el periodo que siguió a su conversión (1909) y que lamentablemente quedó incompleta—, Péguy llega a ver precisamente en el espiritualismo de los clérigos y en la negación de la historicidad del cristianismo el ‘error místico’ capital que está en la raíz de la tragedia del secularismo moderno. Pocas páginas son tan virulentas como las que Péguy dedica en este *Diálogo de la historia y el alma carnal* al «clericalismo de los clérigos»: al rechazar la llamada a dejarse herir por el mundo y a implicarse con el drama del siglo, los ‘clérigos clericales’ —como Péguy se expresa en *Verónica*— han renegado de la ‘operación mística’ de la Encarnación⁶, la *operación* que se encuentra en el corazón mismo del cristianismo⁷:

Para explicar tal desastre [la descristianización moderna], desastre místico, desastre de mística, *es necesario que se haya cometido una falta de mística*. Nadie puede negar el desastre. [...] Esta

⁵ Ch. Péguy, *Verónica, diálogo de la historia y el alma carnal*, Nuevo Inicio, Granada 2008.

⁶ El papel crucial de la encarnación (además que el del misterio de la Encarnación) en el pensamiento de Péguy, ha sido ponderado lucidamente en el reciente y clarividente ensayo de Agostino Molteni, *El pensamiento de Cristo. La lógica de la encarnación redentora según Charles Péguy*, Encuentro, Madrid 2023.

⁷ Ch. Péguy, *Verónica*, op. cit., p. 130.

falta de técnica de la mística, esa inversión, ha consistido muy exactamente, y no podía ser más que una ignorancia, *un desconocimiento de mí* [la Historia]. [...] Allí está exactamente el defecto histórico, el defecto racional y el defecto místico [...]. La eternidad ha abortado en el tiempo (durante qué tiempo); lo eterno ha abortado temporalmente, (durante un tiempo); lo eterno ha sido suspendido temporalmente porque los encargados del poder [...] han desconocido, han ignorado, han olvidado, han despreciado lo temporal. [...] Jesús había venido para fundar, para salvar (a todo) el mundo. [...] Esencialmente la operación mística de entonces, la operación cristiana originaria, era una operación que iba hacia el siglo y no una operación que venía de él. El siglo era incontestablemente el objeto. [...] Originariamente, primitivamente, la vida mística, la operación cristiana resultaba ser, consistía no en evitar el mundo, sino en salvar el mundo, no en huir del siglo, en separarse, en parapetarse, en sustraerse, en amputarse del siglo, sino *al contrario*, resultaba ser, consistía en alimentar místicamente al siglo. [...] Jesús no había venido para dominar el mundo. Había venido para salvar el mundo. Es un objetivo completamente distinto, una operación completamente distinta. Y no había venido para separarse, para retirarse, del mundo. Había venido para salvar el mundo. Es un método completamente distinto. Comprenda usted (amigo mío), si él hubiera querido retirarse, estar retirado del mundo, hubiera bastado con no venir al mundo. Era así de simple. Nunca lo hubiera tenido tan fácil. [...] Quedarse sentado a la derecha de su Padre. Así se hubiera quedado tan tranquilo. [...] Pero él, por el contrario, fue al mundo, fue al siglo para salvar al mundo⁸.

Péguy ama intensamente esta tierra y, sobre todo, al hombre que en ella vive y sufre. No es que no conozca sus llagas, que no vea sus miserias materiales y morales, sino que precisamente por eso lo ama más. No se resigna a abandonarlo, ni puede concebir o aceptar a una iglesia o a un Dios que parezcan estar dispuestos a hacerlo. En efecto,

⁸ Ch. Péguy, *Verónica*, op. cit., pp. 88; 95-100.

el Dios del que ha llegado a ser un adorador incondicional, nada tiene que ver con semejante Dios:

El buen Dios no tenía más que quedarse tranquilo en el cielo antes de la creación; estaba tan tranquilo; en su cielo; antes de su creación; estaba muy tranquilo. No tenía necesidad de nosotros. Y Jesús también no tenía más que quedarse (muy) tranquilo en el cielo antes de esa parte central, axial, cardíaca, de la creación, antes de la encarnación [...]. Estaba muy tranquilo en el cielo y no tenía necesidad de nosotros. ¿Pero por qué vino él, por qué vino al mundo? Es preciso creer, amigo mío, que tengo cierta importancia, yo, una mujer de nada [la Historia]. Es preciso creer que el escalonamiento del tiempo, tenía cierta importancia. Es preciso creer que el hombre y la creación del hombre y del destino del hombre y la vocación y el pecado del hombre y la libertad del hombre y la salvación del hombre tenían cierta importancia, todo el misterio, todos los misterios del hombre. De otra forma, por el contrario, sería así de simple, y así de rápido de hacer. Estaría hecho de antemano. Solo se tendría que no crear el mundo, solo se tendría que no crear al hombre. Entonces ya no habría degradación, ya no habría caída, ya no habría ni caída ni redención. Ya no habría ninguna historia, no habría ninguna complicación. Todo el mundo se quedaría en su casa. Qué grande no seré, amigo mío, por haber desplazado a tanta gente, molestado a tanta gente, y de (tan) alta sociedad. Para haber puesto en marcha una historia tan trágica. Un Dios, amigo mío, Dios se ha tomado la molestia, Dios se ha sacrificado por mí. Eso es el cristianismo⁹.

Llegamos así a intuir una primera razón por la que la esperanza atrae cada vez más la atención y el corazón del poeta. El pecado o el error místico que Péguy atribuye a buena parte de la Iglesia moderna, a esa parte que él tilda de ‘los clérigos clericales’, tiene que ver con una suerte de pereza burguesa en lo que se refiere a la esperanza, una cómoda desesperanza, una resignación no tanto con respecto

⁹ Ch. Péguy, *Verónica*, op. cit., pp. 132-133.

al destino de la propia ‘almitilla’, cuanto con respecto al destino del mundo, ese mundo por el que Cristo nació, murió y resucitó¹⁰. Ante la propagación del mal, ante el extenderse de la impiedad, la respuesta de Dios en Jesucristo no fue la condena, no fue el lamento por los males del tiempo:

No incriminó, no acusó a nadie. Salvó. No incriminó al mundo. Salvó al mundo. Ellos (distintos) vituperan, racionan, incriminan. Afrentosos médicos, que echan la culpa al enfermo. Acusan a las arenas del siglo, pero en tiempos de Jesús también había un siglo y las arenas del siglo. Pero en la arena árida, en la arena del siglo, manaba inagotable una fuente, una fuente de gracia. ¡Ah no, ellos no *imitan* a Jesús! Ellos sienten, saben muy bien, por los textos más formales, que este mundo les ha sido confiado y, viendo el estado en el que está, [...] echan la culpa al enfermo. [...] Harán lo que sea por no confesar. Por no confesar que se ha cometido una falta de mística. Y que ellos son los que la han cometido¹¹.

2. EL AMOR POR EL HOMBRE Y POR EL MUNDO

Llegamos así a entender en dónde está el verdadero *trait d'union* que liga al primer Péguy, revolucionario socialista, con el segundo, un católico difícil de encasillar: es su pasión por el hombre, por

¹⁰ También desde este punto de vista no se advierte ninguna discontinuidad entre el Péguy socialista no creyente y el Péguy cristiano. Escribe Jean Bataille a propósito de la aversión que el primer Péguy sentía hacia el cristianismo: «El cristianismo se le presenta repleto de carencias. En el plano temporal, los cristianos hacen tratos con la burguesía capitalista y aceptan que existan los marginados en la ciudad terrena. En el plano espiritual, el magisterio eclesiástico proclama la realidad del infierno y consiente que haya algunos excluidos de la ciudad de Dios» (Cf. J. Bataille, *Péguy il non Cristiano*, op. cit., p. 39).

¹¹ Ch. Péguy, *Verónica*, op. cit., pp. 171-172.

el hombre real, concreto, histórico y no por el hombre abstracto, ideal. Lo cual significa también pasión por el hombre moderno, del que el intelectual socialista primero y el pensador convertido después, advierten el terrible empobrecimiento espiritual. Péguy sigue amando a *este* hombre a pesar de sus traiciones y desilusiones cada vez más conscientes, porque sabe que es por *este* hombre que «un Dios se ha tomado la molestia» de venir al mundo. Péguy es un hombre desgarrado o, mejor dicho, abrasado, quemado por el fuego que genera en él el contraste entre la aguda percepción de la miseria material y espiritual del hombre real, histórico, y el deseo indomable, casi infantil, utópico (he aquí el alma socialista diamantina del nuestro) de un mundo en el que la nobleza y la justicia reinen por fin por doquier y en todos. En cada una de sus páginas se advierte constantemente una suerte de indignación, como si no consiguiera apartar los ojos de ese misterio apremiante, el misterio de esa amalgama incomprensible de miseria y de grandeza que es el hombre, este ángel revestido de carne que camina por las calles polvorientas de la tierra.

Quizás ni siquiera Jesús, como hombre —se atreve a escribir Péguy en su *Misterio de la caridad*—, entendía hasta el fondo ese revoltijo abismal del corazón del hombre pecador. Tan es el hombre un abismo insondable, un misterio:

Qué era, pues el hombre.

Ese hombre.

Que él había venido a salvar.

Cuya naturaleza había asumido.

Él no lo sabía.

Como hombre no lo sabía.

Porque ningún hombre conoce al hombre.

Porque una vida de hombre.

Una vida humana, como hombre, no basta para conocer al hombre.

Tan grande es el hombre. Y tan pequeño.

Tan alto es el hombre. Y tan bajo.

Qué era, pues, el hombre.
Ese hombre.
Cuya naturaleza había asumido.
Su Padre lo sabía¹².

Lo que el mismo Péguy atribuye al genio de Victor Hugo, lo podemos entender en buena lid como un velado autorretrato del nuestro, o por lo menos, como una confesión del verdadero y más íntimo aspecto originario de su amor por el hombre y el mundo. No se trata para nada de una abnegación ética, sino más bien del don, del que el poeta francés se siente (orgullosa) heredero, de un asombro original, inagotable, ante el misterio del ser del mundo en general y del hombre en particular. Es el asombro de la razón, en efecto, la fuente secreta de donde mana la auténtica adoración:

El asombro es lo que cuenta, principio seguramente de la ciencia, como dice ese Clásico¹³, pero no tan principio de la ciencia como verdaderamente y realmente, como infinitamente más, uno de los principios más profundos de la adoración. El viejo Hugo, amigo mío, veía el mundo como si acabara de ser hecho. Quiero decir como si el mundo acabara de nacer. [...] Naturalmente es la única manera de verlo. Desgraciadamente no le es dada a todo el mundo. Veía la creación como si saliera en ese instante de las augustas Manos, como si acabara de salir, como si acabara de escapar palpitante de las grandes Manos. [...] Su fuerza increíble, su fuerza casi única, procede únicamente de allí, toda la fuerza de su genio, de que él veía el mundo, no como un objeto habitual de una mirada habituada, sino como primer objeto de una primera mirada¹⁴.

La figura que encarna más profundamente, en el Péguy maduro, la pasión insaciable del poeta por la «masa de los hombres que

¹² Ch. Péguy, *El misterio de la caridad...*, op. cit., pp. 186-187.

¹³ Platón en el *Teeteto*, 155 d, o bien Aristóteles en la *Metafísica*, I, 1, 14.

¹⁴ Ch. Péguy, *Verónica*, op. cit., pp. 6-8.

Misterio de los misterios

El escritor Charles Péguy escribió, tras su conversión al catolicismo, tres grandes composiciones poéticas, los *Misterios* (*El misterio de la caridad de Juana de Arco*; *El pórtico del misterio de la segunda virtud*; *El misterio de los santos inocentes*), que aún fascinan a lectores y críticos por la complejidad de su reflexión, apreciada por autorizados teólogos del siglo XX. Paolo Prosperi no pretende en este ensayo ofrecer un comentario exhaustivo sobre ellos (los *Misterios* son como un cofre de riquezas inagotables, cada vez que se vuelve a él se descubren cosas nuevas), sino que se fija un objetivo más circunscrito, pero no menos difícil: intentar comprender las razones que llevan al autor de este singular tríptico a atribuir un papel central en la comprensión del misterio de la historia —del mundo y de cada existencia humana— a la virtud de la esperanza, que «ve lo que aún no es y será / ama lo que aún no es y será».

Depósito Legal: M-11409-2024



ISBN: 978-84-1339-196-0



9 788413 391960